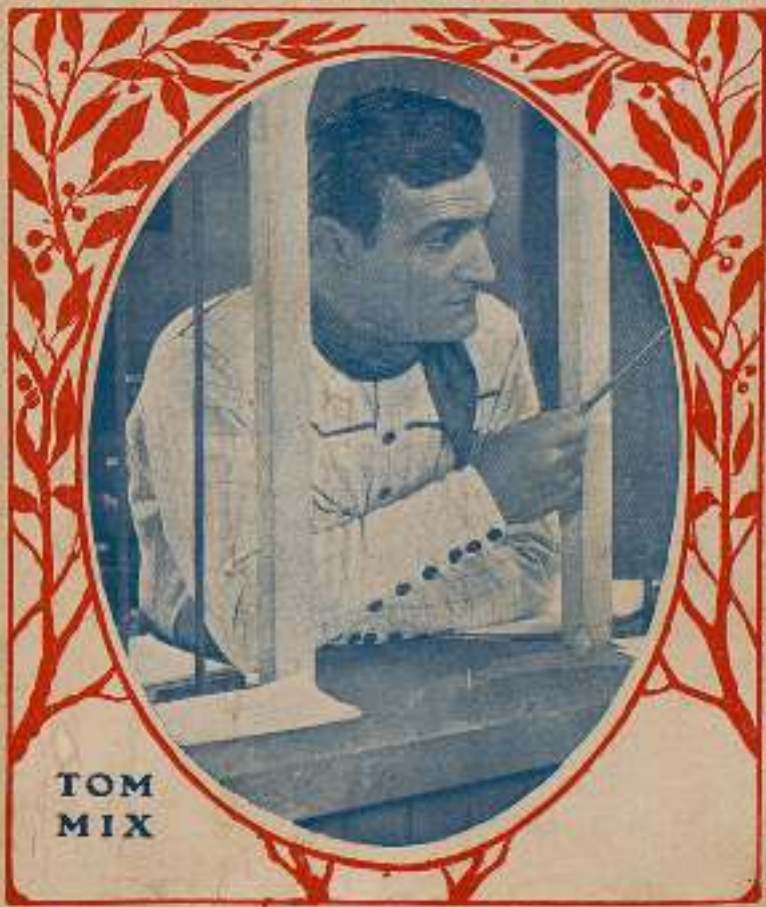


Biblioteca-Films

NOVI.
298

Tendiendo la línea

25
CTS.



**TOM
MIX**

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 284-Apartado 707
Sdad. Gral. Española de Librería: Barbard, 16
B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

ADVISADA POR LA PROPIA CENSURA

Núm. 256

TENDIENDO LA LINEA

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por el famoso caballista de la pantalla

T O M M I X

Hispano FOX-FILM S. A. E.

Valencia, 280 — BARCELONA

REPARTO

Tom TOM MIX

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LOS COLOSOS
DEL OESTE
AMERICANO



Solamente los
encontrará en

**BIBLIOTECA
FILMS**

(Título de la
supremacía)

TOM MIX

TOM TYLER

CHARLES JONES

HOOT GIBSON

FRED THOMSON

JACK PERRIN

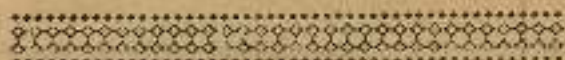
REX BELL

Nuevo caballista que será el
asombro de las multitudes.

Pide el nuevo Catálogo General que se remite gratis, a

BIBLIOTECA FILMS

Apartado 707 - BARCELONA



PRIMERA PARTE

Uno de los más pintorescos pueblecitos, enclavado en plena montaña del Oeste era el llamado Pueblo Verde. Distaba algunas millas de la importante población de Cheyene, cuyos medios de civilización el Gobierno procuraba con gran interés extenderlos hasta el nuevo poblado.

Mientras el camino que conducía a Pueblo Verde era teatro de un adriana y sensacional carrera entre una cuádriga de caballos y un ciento de idem de fuerza, vulgarmente llamada automóvil. El conductor de la cuádriga de caballos, o, más bien dicho, de la diligencia, era un muchacho alegre y valeroso, cuya mayor ilusión era la de llegar siempre a Pueblo Verde antes que el auto. Esto daba origen a las más raras apuestas entre cochero y chofer, apuestas que habían llegado al extremo de mantener continuamente la curiosidad de los vecinos de una y otra población. Tan seguro estaba de sus caballos Tom y de su des-

treza en manejarlos, que era capaz de apostar una carrera con el primero que se presentase y este criterio no lo sustentaba él sólo, sino que su compañero, Miguel "Tragos", apodó que le venia por lo que le gustaba empujar el codo, compartía con él su criterio.

Eran ya muchas las carreras que le tenía ganadas al conductor del autobús y éste, decidido una tarde a salir vencedor, no dudó en colocar en el centro de la carretera unas enormes piedras, con el fin sano y humano de que Tom tuviera que detener la diligencia y perder un tiempo precioso. Pero como a veces sucede que se escupe a la luna para que le caiga a uno en la cara, sucedió también que las piedras, mal colocadas, hicieron detener al auto cuando ya la diligencia le daba alcance.

Tom, al ver parado a su contrario impidiéndole el paso, le gritó desde el pescante:

—¡Jey, aparte usted de ahí ese trasto si no quiere que mis caballos se lo saquen!

—No sea bruto, Tom—gritó el chofer—. ¿No ve usted que estas piedras impiden el paso?... Será preciso que me ayude usted a quitarlas.

Así lo hizo el buen mozo, y cuando ya había acabado la tarea, vió que dentro del coche una chiquilla preciosa como un sol le sonreía deliciosamente. La visión de aquel



Ciel que los hombres de aquí serian más galantes

rostro de Ángel dejó a Tom asombrado y cuando terminó de restregarse los ojos, para cerciorarse de que era verdad lo que veían, se encontró con que la muchacha estaba a su lado y le preguntaba:

—¿Cómo es posible que estas piedras tan grandes se hallen en el camino?

Tom, que había sospechado quién era el autor de aquel juego, se rascó la cabeza, pensando la contestación y repuso:

Es muy fácil, señorita. Las golondrinas, cuando no tienen nada que hacer, se entrefie-

nea en arrojar estos chinos en mitad de la carretera.

—Creí que los nombres de aquí serían más galantes y que no contestarían a mi pregunta con una burla—exclamó molesta la muchacha.

—Mi gusto sería contestarle a todo lo que usted me preguntara — respondió sonriendo Tom—, pero no puedo detenerme. He apostado a ese lagarto de conductor a que llevo el primero a Pueblo Verde... y tengo cariño a mi reloj.

Y ante el asombró de la joven saltó al pescante y de un grito hizo que sus caballos emprendieran una veloz carrera, a la vez que le decía a su ayudante:

—Agárrate firme, "Tragos", que ésta se la ganamos también.

Una hora después, Tom entraba el primero a Pueblo Verde y resultaba nuevamente ganador de la apuesta, aunque contra la opinión del vencido, que protestó de la entrega de su reloj a los testigos de la apuesta, diciéndoles:

—No es justo que le den el reloj... Yo traía la delantera hasta que me dejó atrás.

Pero como la apuesta fué llegar el primero a Pueblo Verde y Tom ha llegado a él, le corresponde ganar la apuesta—le contestó uno de los testigos, a la vez que le hacía entrega del reloj.

"Santos Sancho y Sansón" se denominaba la única tienda, hotel o casa de viajeros que había en Pueblo Verde. Era un hombre algo arisco, pero de un fondo sentimental y bueno como el de una novicia. Además, era dueño de la diligencia que conducía Tom y varias veces, al ver las carreras de éste, le había amenazado con despedirlo por aquello, aunque interiormente sentía por el muchacho un verdadero cariño. El día de su última apuesta, porque así podemos llamar a la que acabamos de ver, cuando Tom recogió el reloj, lo llamó aparte y le dijo seriamente:

—Tom, esta manía de correr va a dar al traste con mi diligencia y a ti te va a costar el empleo.

—Yo le prometo que ésta es mi última apuesta—respondió Tom—. Estoy cansado ya de este oficio y quiero abandonarlo... Por eso no hemos de reñir ni dejar de ser los buenos amigos de antes.

De sobras sabía Santos Sancho que Tom era de los que una vez dicha una cosa no se volvían atrás, y aquella decisión suya no dejó de contrariarle, pero pensando que por las buenas lograría de él mucho más que insistiendo, aceptó su renuncia con la esperanza de que podría convencerlo más tarde.

SEGUNDA PARTE

En Pueblo Verde se habían establecido dos compañías telefónicas, las cuales aspiraban a tener del Gobierno la exclusiva de aquel servicio; pero esta exclusiva se había otorgado a la que primeramente dejara establecido el servicio, y al efecto, los diarios publicaron aquella decisión en un suelto que decía:

"La primera compañía que logre establecer comunicación telefónica entre Cheyenne y Pueblo Verde recibirá, además de la exclusiva, un subsidio de consideración durante un período de cinco años."

El negocio no podía ser más claro. Ahora bien; había un inconveniente: el de tender la línea antes que nadie.

A este efecto, como decimos, se habían establecido dos compañías. Una de ellas era la dirigida por su mismo propietario, Buck Overland, el cual se hallaba decidido a triunfar en la justa sin detenerse a pensar en la licitud de los medios. Como todos los seres de ideas tortuosas, se hallaba rodeado de secuaces que secundaban sus planes con una fidelidad ciega, pensando tan sólo en la remuneración de sus iníquos procedimientos.

El otro propietario, Fremont Cody, hombre que le gustaba luchar con armas iguales y que no concebía los negocios si no eran por los medios legales y dentro de la más estricta justicia.

En estas condiciones, no era difícil prever el triunfo de Overland, ya que empleaba toda su astucia en impedir que su contrario pudiera contar con los hombres necesarios.

Un pequeño incidente vino a favorecer los planes del miserable Overland. Por causas ajenas a su voluntad, Cody no había recibido el dinero necesario para pagar los salarios de sus hombres y este incidente lo aprovechó el capataz contrario para intentar la sublevación, diciéndoles a los trabajadores:

—Se os está engañando miserablemente! Cody ha retrasado los pagos porque no tiene dinero... Nuestra compañía paga siempre con toda puntualidad.

Poco a poco sus palabras fueron haciendo mella en el ánimo de los trabajadores y el capataz, para decidirlos del todo, volvió a decirles, enardecido por sus propias palabras:

Si lo que ustedes quieren es una paga segura y una comida decente, Overland os dará todo eso y mucho más. Seguíme y dejad a ese Cody que se las entienda él solo.

El discurso del capataz había convencido a todos los miembros que estaban dispuestos a abandonar al pobre Cody, llevándolo a la

más espantosa ruina; pero como siempre suele haber alguien que salga en defensa de las causas nobles, uno de los capataces de Cody los detuvo, diciéndoles:

—Muchachos, todos me conocéis y sabéis que jamás os he engañado... Siempre he hablado con franqueza. Esperad la llegada del dinero, aunque sólo sean veinticuatro horas.

La lealtad con que siempre habían sido tratados por el capataz retuvo los deseos de los trabajadores, y cuando los vió algo más tranquilos se fué a buscar a Cody y le dijo:

—Jefe, no se ha pagado a los muchachos el sueldo de las últimas semanas y no están muy tranquilos.

—Ya les he dicho—respondió el jefe—que el dinero estará aquí hoy mismo. Mi hija ha ido a Pueblo Verde y no tardará en llegar al campamento con él.

Entre tanto, Diana, la preciosa muchacha que tan grata impresión había causado en Tom, se preparaba para llevar el dinero a su padre y le decía a Santos:

—Yo soy Diana Cody y he venido para recoger el dinero que tiene usted que mandar a mi padre.

—Lo siento mucho, señorita—respondió el amo del establecimiento—. Pero aunque fuese usted la emperatriz Josefina (para Santos la emperatriz Josefina era la máxima personali-

dad de la mujer) no puedo entregárselo sin un recibo de su señor padre.

—Si duda de mí—insistió Diana, comprendiendo en el compromiso que se encontraba su padre—, puede usted venir conmigo al campamento y recogerá el recibo.

—Como comprenderá usted—contestó Santos—, no voy a dejar esto solo ahora. Yo llevaré el dinero mañana a primera hora.

Diana continuó insistiendo acerca de la necesidad que tenía su padre de tener el dinero aquella tarde, y mientras tanto, Tom, como quien se distraía silbando, escuchaba atento toda la conversación.

Varios personajes que hicieron su entrada en el establecimiento y que a Tom no le merecían ninguna garantía, hicieron que éste abandonara la conversación de Diana y Santos para prestar atención a lo que decían aquellos hombres. Uno de ellos se acercó a Overland, que comía tranquilamente en una mesa, y le dijo:

—He procurado soliviantar a los hombres de Cody, pero me ha sido imposible hasta el momento.

Overland dió un terrible puñetazo en la mesa y exclamó:

—¿Es decir, que te consideras incapaz de impedir que continúen los trabajos de la línea de Cody?

—Al contrario—aseguró el cómplice de

Overland—. Estoy seguro de que lograré mi objeto. La semilla de la discordia ya está sembrada. Los obreros de Cody no han querido abandonarle... Su hija está aquí ahora para recoger el dinero, pero si impedimos que éste llegue al campamento, para mañana no tendrá ni un solo hombre.

—Pues, manos a la obra, y procura por todos los medios de que el que lleve el dinero a Cody no pueda entregárselo hasta mañana por la tarde.

El capataz hizo una seña a los que le acompañaban para que le siguiesen, y salió del establecimiento, mientras que Overland se quedaba coniendo tranquilamente, como si acabara de ordenar cualquier trabajo de su línea.

TERCERA PARTE

Tom no había perdido una sola palabra de la conversación, y por ella dedujo la grave situación en que se encontraba el padre de aquella muchacha que tanto había influido en su ánimo. El, que jamás se había detenido a observar los encantos de ninguna mujer, ante la mirada de aquella niña, tan llena de pureza, sentía en su corazón una ternura infinita. Era algo desconocido para él, pero que lo llevaba hacia ella con la misma fuerza que el imán atrae el acero. Decidido a

prestar su ayuda en justa causa que defendía Cody, llamó aparte al amo del establecimiento, y le dijo:

Estoy seguro de que esa muchacha es la hija de Cody. ¿Por qué no le entrega usted la cantidad que tiene de su padre?

—¿Crees, acaso, que yo puedo fiarme de las apariencias?—respondió Santos—. Además, que lo mismo le dará a Cody recibir el dinero esta tarde que mañana por la mañana.

—No lo crea usted—exclamó Tom—. Estoy seguro que más horas nada más que se tarde el entregarle el dinero, puede arruinarlo.

—¿Eso quiere decir que debo entregarle el dinero a esa muchacha?—preguntó, riendo el dueño del establecimiento.

—Yo creo que sí—respondió Tom—. Pero, para su tranquilidad, le diré que irá acompañada de mí, sin que ella se dé cuenta.

Aquello ya le ofrecía más garantía al dueño del café, y pensando que en compañía de Tom nada le podría ocurrir a la muchacha, terminó accediendo a la petición de ella. Le entregó la cantidad a la vez que el recomendaba:

—Tenga cuidado con la gente que se encuentre en el camino. Estas horas son muy propicias para los atracos, y mucho más cuando se trata de una joven sola. Sobre to-

da, no diga a nadie que lleva una cantidad tan crecida.

Diana, sin que ella misma se diera cuenta de ello, volvió instintivamente la cabeza hacia donde estaba sentado Tom, y éste, que vio su movimiento, hizo el desentendido.

Por fin, en vista de que Tom permanecía indiferente, se acercó ella a él y le dijo:

—No sé por qué, desde que le he visto me ha parecido usted un hombre honrado.

—Siempre es una satisfacción para un hombre el saber que ha formado de él tal concepto una muchacha bonita— respondió galantemente Tom.

Ella hizo como que no entendía la galantería, y continuó diciéndole:

—Quiero pedirle a usted un favor. Acabo de recibir una gran cantidad de dinero y voy a salir ahora mismo hacia el campamento en que está mi padre. La noche se acerca y resulta demasiado atrevido para una mujer sola el aventurarse por esos caminos sin que nadie le acompañe... ¿Usted comprende usted?

—A medias—respondió Tom—. Explíquese del todo.

—Diana sonrió deliciosamente, al oír aquella contestación, y terminó diciéndole:

—Necesito un hombre decidido y que quiera acompañarme... ¿Quiere usted ser ese hombre?

—Me parece que tiene usted razón en eso de necesitar un acompañante—respondió Tom—. "Tragos", mi ayudante, la acompañará, y estará usted tan segura por esos caminos como en su casa.

No era eso lo que quería Diana; pero no tuvo más remedio que aceptar a "Tragos" por acompañante, y momentos después partía hacia el campamento de su padre.

Apenas habían salido los dos viajeros, cuando Tom, montado en su brioso corcel, salió tras ellos, pero procurando no ser visto. Estaba seguro de que el atraco no se haría esperar y quería estar presente en el momento de apuro.

Éste no tardó mucho en llegar. En una revuelta del camino, tres enmascarados salieron de entre unos matorrales y, escañonando a Diana y a su acompañante, los hicieron bajar de sus monturas, a la vez que les decían:

—Sabemos que la señorita lleva una gran cantidad de dinero. Entréguenoslo y nada le pasará.

—¡Mentira!—respondió Diana—. Yo no llevo dinero ninguno.

—Entonces, será este viejo borracho el que llevará el dinero que le ha entregado Santos—respondió el que acaudillaba a los hombres.

"Tragos" comprendía que la situación no

podía ser más desesperada, y le dijo a Diana:

—Señorita, si es verdad que lleva usted ese dinero, entréguelo.

—¡Nunca! exclamó enérgicamente la joven—. Ese dinero es la salvación de mi padre y antes permitiré que estos bandidos nos maten que entregárselo.

—Eso ya lo veremos—respondió uno de ellos. Y haciendo una seña a los dos restantes, abandonaron sus pistolas, para arrojarlas sobre la joven, que se defendía valientemente de aquel ataque.

Desde lo alto del camino, Tom presenciaba toda la escena, hasta que vio que los bandidos se apoderaban de la muchacha. Entonces, espoleando a su caballo, exclamó, como si el noble animal pudiera entenderle:

—Tom, ha llegado el momento de entrar en acción. Vamos a ver qué podemos hacer por esa joven.

De dos saltos se situó el caballo en el lugar de la lucha, y Tom, arrojándose sobre el único que conservaba el revólver, lo hizo rodar por tierra. Antes de que pudiera darse cuenta del ataque, el bandido se vio desarmado y encañonado por el antiguo conductor. Sus compañeros, al ver lo crítica que se presentaba la situación, pusieron pies en polvorosa, a la vez que Tom le decía al que tenía encañonado:

—Ahora podría matarte como a un perro; pero para que veas que tengo más corazón que tú, voy a dejarte en libertad.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—preguntó Diana, cuando hubo desaparecido el bandido—. Su obligación era el haberlo entregado a la justicia.

—Nada hubiéramos adelantado con ello—respondió Tom—. Es necesario que tengamos en nuestro poder al cabecilla de esta banda, y para ello nada mejor que ignorar que no lo conocemos.

—Lleva usted razón—exclamó Diana—. Le estoy muy agradecida de su comportamiento y ahora comprendo por qué no quiso usted venir conmigo.

—Dejémonos de explicaciones—respondió Tom—. Lo importante ahora es llegar al campamento lo antes posible.

Media hora después, los tres llegaban al campamento, donde los hombres, algo soliviantados en vista de que no se les pagaba, esperaban en actitud desconfiada la llegada del dinero.

Cuando Cody vio aparecer a su hija, exclamó:

—Muchachos, ahí viene el dinero. Dentro de unos minutos, todos habréis cobrado.

En efecto, la llegada de Diana devolvió la confianza a todos los trabajadores y la joven, en pocas palabras, contó a su padre el

riesgo que había corrido y la intervención de Tom.

Cody tendió la mano al joven y le dijo:

—Señor, le estoy muy agradecido a usted. Hombres así son los que yo necesito para llevar a feliz término mi negocio. ¿En qué trabaja usted?

—Ahora, en nada—respondió Tom—. Hace un día que era conductor de diligencias, pero he perdido el empleo y vengo buscando colocación.

Diana se acercó a su padre y le dijo al oído, de forma que Tom pudiera oírla:

—Papá, ofrécele que se quede de capataz.

Cody se volvió hacia Tom y le dijo:

—Mi hija me dice, y yo uno mi ruego, de que se quede usted de capataz de mis hombres... ¿Acepta?

—El caso es que yo no puedo abandonar a mi compañero. No sirve para nada, pero a veces me saca de apuros—contestó Tom.

—Su compañero queda también admitido—terminó diciendo Cody.

Y de esta manera, Diana y Tom, que de una manera tan imprevista se habían conocido, quedaron hechos los mejores amigos del mundo.

Con la ayuda de Tom, la línea telefónica de la compañía de Cody avanzaba rápidamente, sin que las estratagemas de Overland hicieran fracasar la empresa.



—Hombres así es lo que yo necesito

Decidido a dar un golpe de mano que tirara por tierra todos los trabajos de Cody, Overland le dijo un día a su capataz:

Los hombres de Cody nos llevan la delantera... Tenemos que hacer algo para impedir su avance...

Nosotros hemos hecho todo lo humanamente posible, y todo ha fracasado.

Ya lo sé—respondió Overland—. Pero estoy decidido a que Cody no se lleve la exclusiva del servicio, y he pensado un plan que lo haría desistir de ello... Cody ama con

ocura a su hija... Si pudiéramos raptarla... el aceptaría todos los compromisos con tal de libertarla... ¿Me comprendes?

El capataz sonrió cínicamente, mientras decía, adivinando el pensamiento de su jefe:

—Esta noche prenderemos a la muchacha, y además, quemaremos su provisión de postes. Durante la confusión, no será difícil apoderarnos de la muchacha.

—Entonces, no hay más que hablar: volví a decir Overland, dando la entrevista por terminada.

En la línea de Cody se trabaja día y noche. Tom había organizado el trabajo de tal forma, que no se paraba ni un solo momento.

Aquella noche, siguiendo las instrucciones de Overland, algunos hombres incendiaron los postes que Cody tenía amontonados en las inmediaciones de la línea, y al darse cuenta del fuego uno de los trabajadores, corrió a dar cuenta del hecho a su jefe, diciéndole:

—Se ha producido un incendio en los postes y están todos ardiendo.

Cody sintió que se le helaba la sangre. Aquella desgracia venía a destruir por completo todas sus ilusiones y sin pensar que pudiera ser obra de sus contrarios, y menos de la celada que se le tendía, salió con todos los hombres en dirección al lugar del siniestro. Diana quiso acompañar a su padre, más éste la detuvo, diciéndole:



Tom ayudó a levantar a su compañero

—Tú quédate aquí. Allí correrías peligro, y estas cosas son solamente para los hombres.

—¿Crees, acaso, que yo no puedo hacer lo mismo que haga otro hombre cualquiera? — preguntó la muchacha, molesta por que su padre no la dejara marchar.

—No lo dudó—respondió éste—; pero prefiero que te quedes aquí. "Tragos" te hará compañía mientras yo vuelvo.

En cuanto el capataz de Overland se dió cuenta de que la joven había quedado sola, ordenó a sus hombres que se apoderaran de ella. Pero no habían contado con la entereza de la muchacha, que supo resistir el ataque con la misma energía que si se tratara de un hombre. Fue inútil que llamara repetidamente a "Tragos". Este había abusado de su apellido y se hallaba en una inconsciencia incapaz de comprender lo que ocurría. Por fin, ante la fuerza de los contrarios, Diana se vió maniatada, y preguntó:

—¿Por qué hacen ustedes eso conmigo?

—Porque es usted una alhaja preciosa, de la que su papá no querrá desprenderse — respondió el capataz—. Cuando el señor Cody haya firmado un compromiso renunciando a tender la línea telefónica, usted quedará en libertad.

—Mi padre no firmará nunca eso... Será su ruina—exclamó la joven.

—Eso ya lo veremos cuando se dé cuenta de que usted ha desaparecido. Sólo faltan unas horas para que los trabajos estén terminados. La línea está ya cerca de media milla de Cheyenne y no es justo que por unos metros perdamos nosotros los beneficios—le dijo cínicamente el capataz.

"Tragos" despertó entonces de su "molepea", y al ver la situación en que se encontraba la joven, pensó que lo más prudente era seguir fingiendo que dormía. Además, no tenía mucha seguridad en las fuerzas de sus piernas y creyó lo más oportuno enterarse del plan de los bandidos, para luego comunicárselo a Tom.

Así lo hizo, y oyó que el capataz de la compañía rival le decía a Diana, a la vez que la hacía salir fuera:

—Los postes están ardiendo, y el alambre que necesitan, ya procuraremos nosotros que desaparezca antes de que puedan utilizarlo.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novellitas cinematográficas. Escríbala hoy mismo (y se lo mandarán gratis) al BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

QUINTA PARTE

Un rato después volvía Tom para recoger algunos materiales, y quedó extrañado al ver que no había nadie en el campamento. Empezó a dar grandes voces llamando a unos y otros, sin que nadie le respondiera. Por fin, vió a "Tragos", y le dijo:

—¿Qué haces ahí, animal?... ¿No me oías gritar?

—Y te he contestado—respondió el otro, haciendo inútilmente ademán de levantarse.

—Pero como tengo poca fuerza, no me has oído.

Tom ayudó a levantar a su compañero, y le preguntó, mientras lo sostenía en los brazos:

—¿Dónde están los hombres?

—Se han ido a apagar el fuego de los postes. La gente de Overland les ha prendido fuego y a estas horas estarán ardiendo como resina—respondió tartamudeando "Trago".

Tom, ante aquella noticia, arrojó lejos de él a su ayudante, con tal fuerza que el porrazo que recibió y el fresco del aire, le disiparon en gran parte las brumas del alcohol.

—¿Y, dónde está la muchacha?—preguntó ansiosamente Tom.

—Se la han llevado secuestrada—volvió a decirle "Tragos"—Según he oído, quieren obligar a Cody a renunciar a su empresa de unir la línea con Cheyenne.

—¿Y no te has enterado dónde la han llevado?—preguntó Tom.

—Creo que al almacén donde está encerrado el alambre.

—Es preciso a todo trance terminar este asunto esta misma noche—exclamó Tom—. Los trabajos de Overland adelantan rápidamente y no hay tiempo que perder. Coge un caballo y un aparato. Conecta un hilo con nuestra línea y, valiéndote de los árboles o de lo que sea, procura que dentro de media hora podamos hablar con Cheyenne.

La orden de Tom había sido dada con tal energía, que "Tragos" tomó cuanto le decía y corrió hacia el lugar donde estaban más avanzados los trabajos de la línea de Cody. Limpó un hilo en ella, y a todo correr de su cabalgadura, deteniéndose lo indispensable, marchó hacia Cheyenne.

Los trabajadores, creyendo que se encontraría embriagado, le preguntaron:

—¿Dónde va usted con eso, amigo?

—Voy a establecer la línea definitiva—respondió.

Todos se echaron a reír al oír aquella respuesta, y él siguió diciéndoles:

—Vayan a avisar a Cody que su hija está en el almacén de alambres, secuestrada por los hombres de Overland.

Los trabajadores, al oír esta afirmación, dudaron un instante; pero, por si acaso era verdad, no quisieron dejar de cumplir lo que les decía "Tragos" y marcharon a dar aviso a su jefe.

La noticia del secuestro de su hija, influyó en el ánimo de Cody más que la esperanza de poder terminar la línea, y ordenó a todos que le acompañaran hacia aquel lugar.

Mientras tanto, Tom había acudido al almacén y llegó cuando ya los contrarios habían sacado casi todo el material. Al verlo llegar, se abalanzaron hacia él; pero el ataque fué inútil: ya estaba preparado, y de un terrible puñetazo hizo rodar por tierra al más atrevido. La lucha que sostuvo desde aquel instante, fué verdaderamente épica. Sus enemigos eran mucho y parecía imposible que un hombre solo pudiera tenerlos a raya.

Cuando entró Cody lo halló en aquella difícil situación y vio a su hija que, horrorizada, presenciaba el terrible combate. Diana corrió a ocultarse cerca de su padre, mientras que Tom, con un madero en la mano, ponía fuera de pelea al capataz, que había resistido hasta entonces.



Tom, con su madero en la mano, ponía fuera de combate al capataz.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí?— exclamó Cody.

—Nada de particular, señor — respondió Tom—. Estos muchachos que se habían apostado conmigo a que llegarían antes que yo a Cheyenne, y les he tenido que demostrar que a mí nadie me gana la delantera.

—Estoy satisfecho de su comportamiento, Tom—contestó Cody—. Más vale que recupere a mi hija, aunque no pueda terminar mi trabajo.

—¿Quién habla de no terminarlo?— exclamó Tom—. Dentro de pocas horas podremos hablar con Cheyenne.

—Imposible—exclamó con desaliento Cody—. Estos hombres han estropeado el alambre y no podremos llegar hasta allí. Además, carecemos de postes.

—Nada de eso es preciso por el momento —volvió a decirle Tom, mientras colocaba un aparato portátil—. El Gobierno anunció que concedería la exclusiva al que antes hablara con Cheyenne, y no le queda duda que seremos nosotros.

El tiempo que pasó desde entonces, es imposible poder describirlo, por la ansiedad que reinaba entre todos los presentes. Tom no cesaba de llamar, sin que sus llamadas tuvieran respuesta. El desaliento fué entrando en cuantos presenciaban las operaciones de



—Allí es cuando ha encontrado el empleo que buscaba.

Tom, y cuando ya casi se daban por vencidos exclamó éste:

¡Por fin! ¡Ya oigo a Cheyenne! Es "Tragos" que ha acabado de empalmar la línea.

En efecto, repitió la llamada y oyó la voz de su ayudante, que decía:

¿Es pueblo Verde?

Sí, aquí es—respondió Tom.

¿Es la compañía Cody?—volvió a preguntar el otro.

—La misma, "Tragos"—exclamó Tom.

ofreciéndole el auricular a Cody, que comprobó las palabras de su capataz.

—¡Hemos vencido gracias a usted, Tom! exclamó el padre de Diana—. Sin usted, mi ruina hubiera sido inevitable. Todos estos hombres son testigos de que yo he hablado con Cheyenne antes que nadie.

—Además—le dijo Tom—, "Tragos" tendrá en Cheyenne testigos también que podrá confirmarlo ante el Gobierno.

La alegría fué general. Overland tenía que declararse vencido desde aquel momento.

A la mañana siguiente lucía el sol con más fuerza que nunca, y Tom, creído que ya había terminado su misión, se disponía a partir cuando lo detuvo Diana, diciéndole:

—¿Quiere usted que el acompañe en su paseo?

—Lo siento, señorita—respondió Tom—pero no pensaba dar ningún paseo. Creo que mi misión ha terminado aquí y que ya no tengo nada que hacer.

—¿De verdad que no se deja usted nada por hacer?—le preguntó insinuante la joven.

—Piénselo bien.

—No puedo caer en ello—respondió Tom.

—Ya le he dicho que soy muy cerrado de inteligencia.

—Es que ahora no le puedo ayudar yo—

respondió la muchacha—. Una joven no debe ser nunca ella la que le diga a un hombre que le ama.

Y al decir esto ocultó su cabecita en el pecho de Tom, que, loco de alegría, la estrechó entre sus brazos, a la vez que exclamaba:

—Ahora es cuando estoy seguro de haber encontrado el puesto que buscaba.

Desde lejos, Cody presenciaba el idilio de los dos jóvenes y sonreía satisfecho, al ver que se habían comprendido aquellos dos corazones generosos, para quienes dedicaría desde entonces toda su vida...

P I N

.....

¿Quiere usted aprender

Los bailes de moda?

Pida hoy mismo los métodos de:
Precio de
cada
método:
25 Cts.

Pida hoy mismo los métodos de:

**TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM**

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 8 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catelain
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilla
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Águilas humanas	Lya de Patti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nicot
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Navarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Bugs Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarro
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los reyes de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venenosa	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jolson
La legión de los condenados	Gary Cooper

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.- Barcelona

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELON

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR

82 PAGINAS DE TEXTO

PROPUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona